

SEVILLA

A la capital risueña
De la andaluza comarca,
Que Hércules fundó de Bétis
Sobre las fecundas aguas,
La que cercó Julio César
De muros y torres altas,
La que ganó San Fernando
Con Garcí-Perez de Vargas;
A la opulenta Sevilla,
La del encantado alcázar,
La del magnífico templo,
La de la torre gallarda.
Emporio de la riqueza,
De claros ingenios patria,
Y que en los brazos dormía
De la paz y la abundancia;
Llega de cálido polvo
Dejando en pos nube blanca,
Que los caños de Carmona
A la vista borra y tapa,
Un anhelante correo
En una sudosa jaca,
Cuyo ijar la espuela rompe,
Y á quien da un látigo ala.
El rostro como de azufre,
Los ojos como de brasa,
Demuestran que es mensajero
De peligros y desgracias.

En corto momento esparce
Nuevas de tal importancia,
Vértigo tan repentino,
Y tan mágicas palabras,
Que la ciudad toda altera,
Que la ciudad toda alarma;
Y la dormida laguna
En mar borrascoso cambia.
Súbito clamor confunde
Las ántes tranquilas auras,
Y agitado el pueblo inmenso
Hierva en las calles y plazas.
Plebeyos, nobles y Grandes,
Canónigos, hombres de armas,
Frailes, doctores, artistas,
Traficantes y garnachas,
Sólo un cuerpo humano forman
Donde sólo vive un alma,
Que un solo afán precipita,
Y que un solo grito lanza.
No hay ya opuestos intereses,
No hay ya clases encontradas,
No hay ya distintos deseos,
No hay ya opiniones contrarias,
Ni más pasión que la ira,
Ni más amor que la patria,
Ni más anhelo que guerra,
Ni más grito que ¡venganza!

Palacios, talleres, templos,
Conventos, humildes casas,
Academias, tribunales,
Lonjas, oficinas, aulas,
Tórnanse en cuartel inmenso
Donde sólo crujen armas,
Sólo retumban tambores,
Sólo se alistan escuadras.

Plumas, estevas, ciriales,
Pesos, báculos y varas,
Y hasta abanicos y agujas
Se convierten en espadas.
En guerra y muerte terminan
De los templos las plegarias.
Terminan en guerra y muerte
Los procesos y contratas.

En guerra y muerte concluyen
De amor las dulces palabras,
Y desde el sabio discurso
Hasta las vulgares charlas.

¡Vamos á matar franceses!
Prorumpo con fiera audacia
Turba de inocentes niños,
Que hace fusiles de caña.

¡Vamos á matar franceses!
Dice el anciano, que arrastra,
Del báculo con la ayuda,
De un siglo entero la carga.

¡Vamos á matar franceses!
Grita el jóven, que la espalda
Del potro indómito oprime
Blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,
La gigantesca Giralda,
Con lengua de eterno bronce,
Cuya voz seis leguas anda;
Al huracán ensordece,
Sobrepuja á las borrascas,
Conmueve la baja tierra,
Y el firmamento traspasa,
Guerra pregonando al mundo,
A guerra convoca y llama
A toda la Andalucía,
A toda la extensa España.
Y ciñe la erguida frente,
Al llegar la noche opaca,
De una corona de hogueras,
Que viento y lluvias no apagan:
Bandera del fuego santo
Que se ha encendido á sus plantas,
Cráter del volcán tremendo,
Que en la gran Sevilla estalla.

ROMANCE SEGUNDO

LA AGRESION

De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
De infierno, de cielo y tierra,
Un incomprendible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio,
Alzó de Francia perdida,
Con su brazo portentoso,
Para en él tomar asiento
El despedazado trono.
Idolo de doce siglos,
Y de cien monarcas solio,
Que desaparecer vió el mundo
Terrorizado y absorto,
Cuando crímenes, virtudes,
Pasiones, furias, enconos,

Saber, ignorancia, errores,
Héroes, gigantes y monstruos,
De sangre en un mar lo ahogaron,
Y bajo un monte de escombros
Lo sepultaron y hundieron,
Con universal trastorno.
Alzóle pues (para tanto
Dios le dió fuerzas á él solo)
Y aun juzgó para su mole
Pedestal tan grande poco.
Y desde él mandaba el mundo,
Llevando de polo á polo
De tempestades armada
La fuerte mano, á su antojo;
Con un millon de soldados
A quienes él daba el soplo
De vida, y con su gran nombre
Un talisman prodigioso:

Con un ceño de su frente,
Con un volver de su rostro,
Desaparecían imperios
Y se trastornaba el globo.

Este portentoso, este númen
De bien, de mal, de uno y otro,
Tornó al tranquilo Occidente
Los asoladores ojos.

Y vió á la fecunda España,
La cosechera del oro,
Quemando en su altar inciensos,
Por su gloria haciendo votos:

En actitud tan humilde,
De entusiasmo en tal arrobó,
Que era poderosa ayuda,
Sin poder ser nunca estorbo;

Y de amiga bajo el nombre
Tan adoradora en todo,
Que sangre, riqueza, fama
Juzgaba holocausto corto.

Mas prevaleciendo acaso
En el pecho del coloso
La parte aquella de infierno,
Y la maldad de demonio,

Gritó: «Yo no quiero amigos,
Porque esclavos quiero sólo.
¿Cómo aun está enhiesta España?...
Póngase ante mí de hinojos.

»Bese mi soberbia planta,
Hunda la frente en el polvo,
Y el palacio de sus reyes
De escabel sirva á mi trono.»

Dijo, y de armas y guerreros,
Por el Pirene fragoso,
Torrente tremendo baja
Al hispano territorio.

Tal vez la celeste parte
Le dió á conocer de pronto
Que iba á despertar leones
Con armígero alboroto.

ROMANCE TERCERO

LA VICTORIA

¡Bailén!... ¡Oh mágico nombre!
¿Qué español al pronunciarlo
No siente arder en su pecho
El volcan del entusiasmo?

Y la otra parte mezquina
De hombre, tierra, fango y lodo
Le decidió á usar del fraude,
De la perfidia y del dolo.

Enmascaró sus legiones,
Dió mentido aspecto al rostro,
Vistió de oliva las armas,
Llamó tierno amor al odio;

Y cuando en abrazo inicuo
Ahogó traidor y alevoso
A los príncipes incautos,
Que en él buscaron apoyo,

Y del régio Manzanares
En el coronado emporio
En exterminio el halago,
La oliva tornó en abrojos;

Hospitalidad, caricias,
Bendiciones y tesoros
Pagando con hierro, muerte,
Incendios, estupro, robos;

Se derramaron sus huestes
A asegurar el despojo,
A encadenar toda España,
Juzgando vencido todo.

Y ya de Sierra-Morena
Humillan con fiero gozo
La alta cerviz, y registran
Con desvanecidos ojos

De Guadalquivir fecundo
Los encantados contornos,
A que preparan insanos
La esclavitud y el oprobio.

Y aparecen á lo léjos
Tan aterradoras, como
La encapotada tormenta,
Que en alas del viento ronco,

De ardientes rayos preñada
Anuncia con truenos sordos
Que á asolar viene los campos,
Y las riquezas de agosto.

Hé aquí la angustiada nueva,
Y el conjuro que de pronto
Causó en la noble Sevilla
Tan impensado trastorno.

¡Bailén!... la más pura gloria
Que ve la historia en sus fastos,
Y el siglo presente admira,
Sentó su trono en tus campos.

¡Bailén!... en tus olivares
Tranquilos y solitarios,
En tus calladas colinas,
En tu arroyo y en tus prados
Su tribunal inflexible
Puso el Dios tres veces santo,
Y de independencia eterna
Dió á favor de España el fallo.

Incline la tierra
Su mísera frente
Al omnipotente
De Francia señor.

¡Viva el Emperador!
Es Dios de la guerra,
Y de polo á polo
Su brazo tan sólo

Será el vencedor.
¡Viva el Emperador!
Segura tenemos
Aquí la victoria,

Sin riesgo, sin gloria,
Pero rica asaz.
Marchemos, gocemos
Las grandes riquezas,

E insignes bellezas
De España feraz.
¿A Francia gloriosa
Quién hay que lo estorbe?

Rendido está el orbe
A su alto valor.
¡Viva el Emperador!
Su ley poderosa

La España reciba.
Avancemos, ¡viva
De Francia el señor!
¡Viva el Emperador!

Así en infernales voces
Los invencibles, que hollaron,
Sembrando exterminio y muerte,
La Europa del Néva al Tajo,

Las silenciosas cañadas,
Y los fecundos collados
De Bailén, al sol naciente
Con gozo infernal turbaron,

De clarines y tambores,
De armas, cañones y carros,
Relinchos y roncós gritos
Tormenta horrenda formando;

Mas sin saber que una tumba
Era el espacioso campo
Por donde tan orgullosos
Osaban tender el paso.

De repente de la parte
Del Sur el viento les trajo
Rumor de armas y de hombres,
Y los ecos de este canto:

«Ya despertó de su letargo
De las Españas el Leon,
Antes morir que ser esclavos
Del infernal Napoleon.

»Viva el Rey, viva la Patria
Y viva la Religion.»
Y aparecen los guerreros
Del Guadalquivir preclaro,

Sin pomposos atavíos,
Sin voladores penachos.
La justicia de su parte
Y la razon de su bando,

Con Dios en los corazones
Y con el hierro en las manos;
Y aunque en la guerra bisoños,
Y aunque con órden escaso,

Llevan resuelto á su frente
Al valeroso CASTAÑOS.
Los fieros debeladores
De la Europa asombro y pasmo,

Los fuertes, los invencibles
De mil triunfos coronados,
De limpio acero vestidos,
Con oriental aparato,

De oro y dominio sedientos,
De orgullo bélico hinchados,
Y teniendo á su cabeza
La sien ceñida de lauros

A Dupont, caudillo experto,
Duro azote del germano,
Ven con desden y desprecio
Como á inocente rebaño,

Que al matadero camina
Y piensa que va á los prados,
Una turba que ha dos meses
En el taller y el arado,

Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.
Y en carcajadas de infierno
Y en burladores sarcasmos

Prorumpen, y furibundos
Al fácil triunfo volaron.

¡No tan fácil! bramadoras
Las ondas del Oceano
Del huracan empujadas
Tienden el inmenso paso.

Raen las arenas profundas
De los abismos, al alto
Firmamento, entumecidas,
Van á encontrar á los astros.

Tragan voraces y rompen
Y aniquilan todo cuanto
Pone á su furor estorbo,
Pone á su curso embarazo.

Y en la humilde y blanda arena,
O en el informe peñasco
Donde el dedo del Eterno
Escribe *hasta aquí*, pedazos
Se hace su furia espantosa,
Se estrella su orgullo insano,
Y en espuma roto vuela
Su poder, del orbe espanto.

*El español ardimiento,
Su fe viva, su entusiasmo
Sean la meta del coloso;*
Pronunció de Dios el labio.

Y lo fueron. — Los valientes
De luciente acero armados,
Los granaderos invictos,
Los beligeros caballos,

Los atronadores bronce
Y los caudillos bizarros,
Que las elevadas crestas
De Mont-Cení y San Bernardo

Camino fácil hicieron,
Que las ondas humillaron
Del Vístula, y del Danubio,
Del Mosa, del Rhin y el Arno,

No pueden la mansa cuesta
Tregar del collado manso
De Bailén, ni al pobre arroyo
Del Herrumbral hallar vado.

Y los que mares de fuego
Intrépidos apagaron,
Y muros de bayonetas
Hundieron con un amago,

Del español patriotismo
A los encendidos rayos,
Al hierro de los bisoños,
Al tiro de los paisanos

No osan resistir. Desmayan
Y se fatigan en vano;
Retroceden, se revuelcan
En tierra hombres y caballos:

Y las águilas altivas
Humillan el vuelo raudo
Ensangrentadas sus plumas,
Hasta perderse en el fango.

Y rendidas las legiones,
Que al universo humillaron,
Encadenadas desfilan,
Vuelta su gloria en escarnio,
Ante turba que ha dos meses
En el taller y el arado,
Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.



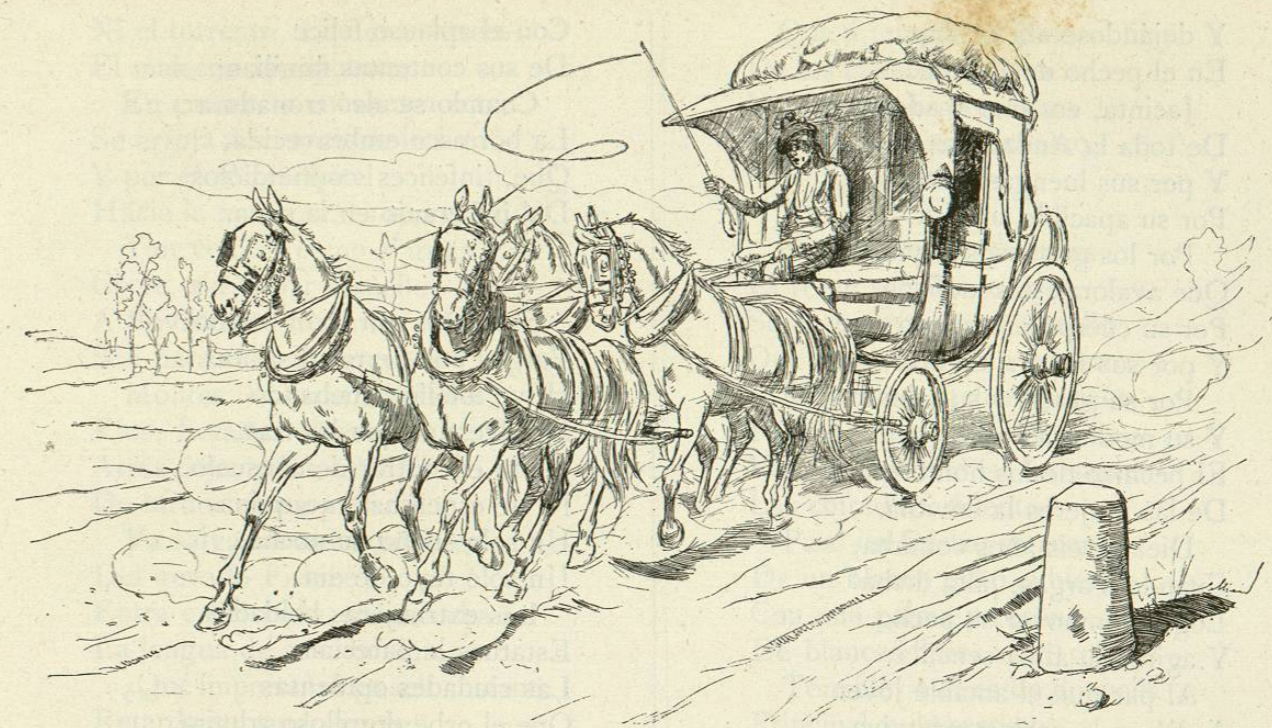
¡VIVA ESPAÑA!!! gritó el mundo,
Que despertó de un letargo.
Al grande estruendo apagóse
En el firmamento un astro.

Y al tiempo que, ante las plantas
Del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendía,
Y de sus sienes el lauro,

Desde el trono del Eterno
Dos Arcángeles volaron.
Uno á dar la nueva al polo
Su nieve en fuego tornando;

Otro á cavar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Oceano.

Sevilla 1839.



LA VUELTA DESEADA

ROMANCE PRIMERO

Entre aquellos olivares
Que Torreblanca domina,
Y ciñen de un lado y otro
El camino de Sevilla,
Por un atajo atraviesa,
Para llegar más de prisa,
Una carretela verde
Con una gran vaca encima;

Toda cubierta de barro,
Tableros, muelles y viga,
De barro seco y reciente,
Y de tierras muy distintas.

Cuatro andaluces caballos,
Que en torno lodo salpican,
En humo y sudor envueltos,
De ella presurosos tiran.

Y del postillon las voces
Con que los nombra y anima;
Del látigo los chasquidos,
Que los acosan y hostigan;

El són de los cascabeles,
Y el de las ruedas que giran
Rápidas, tras sí dejando
Dos huellas no interrumpidas;

Forman estruendo confuso,
Y que viene posta avisan

TOMO II

A los carros y arrieros,
Que hácia un lado se desvian.
Dentro de la carretela
Un hombre aun jóven camina,
Que revuelve á todos lados
La desencajada vista.

Es Vargas: alegre torna
De su patria á las delicias
Después de vagar seis años
Emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla
En cuantos objetos mira,
Y en árboles, tapias, lindes
Dulces memorias antiguas:

Lo pasado y lo presente
Anudando va, y delira
Entre esperanzas risueñas
Y entre ya pasadas dichas.

Trastornos, persecuciones,
Desventuras, injusticias,
En sus más floridos años
Lo arrancaron de Sevilla,
Abandonando riquezas,
Honosres, nombre y familia,